

metió á su Iglesia para su consuelo y direccion; son, sí, mas bien los que una voz terrible llamó un dia : « Raposas en los desiertos ; incapaces de servir de muro á Israel, é inútiles para combatir por el honor del Señor (1). »

(1) Ezequiel, cap. xix.



CAPÍTULO XXV

• Impresiones en San Juan de Ulua. — Veracruz. — Decadencia. — Camino que hace honor. — Pueblos pintorescos; Orizava y Córdoba. — Puebla de los Angeles. — Horrores de la guerra civil. — Su catedral monumental. — Tlascalá. — Heroísmo pasado y egoísmo actual. — Monumentos paganos que prueban civilizacion. — Las lagunas de Méjico. — Diferencia esencial que existe entre la civilizacion pagana y la cristiana. — Los monumentos del cristianismo triunfan de los tiempos. — ¡ Desiertos!

Entre las ondas de un mar borrascoso y contrariado nuestro bajel por un recio viento que lo alejaba de la costa, divisé una antigua fortaleza que, elevada en medio de las aguas, parecia participar de los agitados movimientos del Océano. El mar, entumecido por los vientos, parecia ocultarla á veces en su seno ; mas rechazando aquella la violencia de las aguas, aparecia en pié aguardando los nuevos ataques del elemento furioso que dia por dia la combate. Era aquella el castillo de San Juan de Ulua, y el pabellon mejicano, izado en su asta de bandera, nos indicaba que teníamos delante de nuestros ojos un lugar célebre en la historia de la conquista, del coloniaje y de la independenciam de la América. Cuando

Grijalva visitaba por primera vez, en 1518, el seno mejicano, vió en el islote que hoy ocupa aquella fortaleza gran número de indios que ofrecían sacrificios humanos; otros españoles que desembarcaron allí despues no encontraron templo alguno en que fuesen ofrecidos aquellos á los ídolos, pero hallaron por todas partes frescas las señales de las víctimas. En la época de la conquista, los jesuítas establecieron allí un pequeño hospital para asistir á los europeos que enfermaban á consecuencia del clima, y de este modo el lugar en que tantas veces la barbarie sacrificó la vida de los hombres á divinidades que el paganismo fingia sedientas de sangre y rebosando en rencor, fué destinado á presenciar sacrificios de otra naturaleza, en los que la víctima se inmola voluntariamente en las aras de la caridad para salvar á sus prójimos la existencia. Ultimo baluarte del poder castellano en el continente de la América, San Juan de Ulua fué defendido por los españoles hasta el 25 de noviembre de 1825 con valor que les cubrirá eternamente de gloria; evacuado al fin en virtud de una capitulacion, fué ocupado por los mejicanos, que á su vez le dejaron caer en poder de los franceses en 1858. Cuando estos lo entregaron, ya no ondeaba en él la bandera mejicana, que fué llevada á Paris como trofeo de una victoria mas reportada por la Francia, y suspendida entre las otras que arrebató el pueblo mas guerrero de la Europa.

Veracruz dista mucho de presentar ese movimiento activo y esa poblacion numerosa que ofrece la Habana. Debemos notar, sin embargo, que es el puerto principal

de una república que cuenta cuatro veces mas habitantes que Cuba, y que sus frutos exceden á los de esta isla en riqueza y variedad. Es necesario pues buscar una causa para la inaccion que se nota en su comercio, en sus aduanas y en su marina, y esa la percibe á primera vista todo el que conoce la espantosa revolucion á que continuamente vive sometida la República Mejicana.

Todo cuanto concierne al órden religioso, al politico y al industrial me representaba la decadencia de un Estado á quien su situacion, su riqueza y el número de sus habitantes señalaron para ir á la vanguardia de las repúblicas hispano-americanas y para prestarles su apoyo cuando las circunstancias lo hiciesen necesario. Pero saliendo de Veracruz es cuando se conoce principalmente la triste situacion que atraviesa el país. De todas partes se levantan partidas de salteadores que atacan á los pasajeros en los caminos mas públicos y molestan á los hacendados y á los pueblos que no pueden mantener una fuerte guarnicion, imponiéndoles crecidas contribuciones que les obligan á pagar inmediatamente. Para llevar de Veracruz á Méjico la cantidad que creí necesaria para mis gastos, tuve que asegurarla ántes pagando un premio excesivo. Pero esto era poco, porque á mi vuelta se me cobró por la policia una contribucion de seguridad personal. ¡Sin embargo, de Veracruz á Méjico hay apenas una distancia de noventa leguas escasas! Este camino, que pudiera compararse con las obras mas famosas que en esta misma línea acabaron los romanos, abierto en gran parte por entre cordilleras elevadas, bosques espesos y lugares pantanosos, será eternamente el orgullo de los

españoles en el Nuevo Mundo. Para ejecutarlo necesitaron realizar obras que asustan y que, despues de dos siglos de vida, todavia se mantienen en pié á pesar de mil elementos que concurren incesantemente á su destruccion. Mas este camino se encuentra abandonado, su pavimento lleno de lodazales profundos que ponen en peligro la vida de los pasajeros, y sus calzadas arruinadas en gran parte no pueden preservarle de las aguas que lo inundan y hacen intransitable.

Las pequeñas poblaciones, las casas de campo, las haciendas y todo cuanto hay allí, hecho por el hombre empeñado en aprovechar las riquezas que por todas partes le ofrece la naturaleza, todo pertenece al tiempo del coloniaje : la república nada ha dado á los mejicanos sino torrentes de lágrimas y rios de sangre. Todos esos pueblos tienen sus templos mas ó ménos suntuosos, y los ricos propietarios en cuyas posesiones eran fundados, ordinariamente levantaban en su recinto grandes palacios que prueban cuánto abundaban entónces en Méjico las riquezas que en gran manera contribuyen al progreso de los Estados. Córdoba, Orizava y Jalapa, inmediatos á Veracruz, nos dicen en su grande extension, en la naturaleza de sus edificios y en sus establecimientos de religion y de beneficencia que contuvieron en su seno un número crecido de habitantes ricos. ¡ Adónde habria llegado el desarrollo de esos pueblos, si la revolucion y la anarquía no los hubiera hecho estacionarse á la mitad de su carrera!

Puebla de los Angeles, cuya opulencia fué proverbial en tiempo no lejano, presentaba en mi tránsito uno de

esos espectáculos que de cuando en cuando ofrecen los pueblos conmovidos por la exaltacion frenética de egoístas y revolucionarios. Sus rectas calles estaban cortadas por profundas zanjas y espesas barricadas, sus mas hermosos edificios trasformados en cuarteles y sus templos venerables profanados por el saqueo y el despojo; en sus plazas se oía á cada momento el grito de los centinelas, y todos sus habitantes vivian bajo las impresiones mas dolorosas del abatimiento y la consternacion.

No he visto un cuadro donde tan al vivo se representasen los horrores de la guerra civil como el que ofrecia Puebla. Hombres levantados por los vaivenes de la revolucion desde la condicion social mas humilde hasta los primeros puestos de la administracion, sin el tino ni la experiencia suficientes para dirigir los negocios públicos, sin conciencia de la dignidad y deberes de su puesto y sin respeto hácia el pueblo cuyo gobierno invadieron á mano armada, ejercian el despotismo mas ignominioso. Ciudadanos respetables gemian en los calabozos confundidos con los malhechores, y á una con estos se les hacia comparecer en público como si se quisiera castigar su fe, su religion y su piedad.

Desfilando una vez los presos delante de los sobrestantes que los dividian para hacer los trabajos de policia de la ciudad, se oyó nombrar á un anciano venerable entre los ladrones, perjuros y homicidas. El alcaide, respetando las órdenes de su jefe, le dijo : « Vd. saldrá hoy para otro lugar, porque su destino está fijado ya por una orden que he recibido del señor gobernador. — Está bien, » contestó el preso, teniendo su sombrero en la

mano. Dos soldados le tomaron luego, y un momento despues marchaba al destierro en compañía de otros muchos. Ese preso era el vicario general del obispo, víctima de la persecucion. Arrancado de su oficio por no querer hacer traicion á sus deberes de sacerdote y de prelado autorizando las providencias atentatorias del gobierno, no fué el último que mereció en Puebla la aureola del martirio defendiendo los intereses de la Iglesia. Dos eclesiásticos que le sucedieron en su cargo corrieron su misma suerte en muy corto periodo.

La catedral de Puebla, que es una de las obras mas notables de la República Mejicana, así en su arquitectura como en su riqueza, recuerda la época próspera de aquel grande Estado, época en que respetada la ley en todas partes, gozaban los mejicanos de una paz profunda, á cuya sombra la agricultura y el comercio se desarrollaron prodigiosamente. Las contribuciones, los empréstitos forzosos y la expoliacion sacrilega de su propiedad la han empobrecido y cambiado en miseria su esplendor. Hoy no podrian realizarse construcciones tan suntuosas como la de su tabernáculo en el que se gastaron sumas que parecen fabulosas, porque sus rentas son insuficientes para atender á sus necesidades mas imperiosas, y sin embargo, un gobernador, despues de haberla despojado de los postreros restos de su fortuna, imponia contribuciones y amenazaba con la cárcel y el destierro á sus administradores que hacian presente la imposibilidad en que se encontraban de satisfacer la cantidad que les exigia.

En época no muy apartada de la nuestra, Puebla os-

tentaba como una de sus glorias grandes establecimientos de educacion, que por su plan, por los hombres que los crearon, por el número de estudiantes y por sus medios de subsistencia, podian muy bien colocarse al lado de los colegios mas acreditados de Europa. Tales fueron el seminario de San Juan, el colegio tridentino de San Pedro, el teológico de San Pablo que llegó á poseer una de las bibliotecas mas selectas y copiosas de la América, y el de la Concepcion que recogia en su seno á las niñas para educarlas con esmero. Todos estos grandes semilleros donde tantos hombres ilustres se formaron y de donde tanta virtud y tantas luces se derramaron para bien de los pueblos, no eran instituciones debidas á la solicitud de los gobiernos, ni eran empresa de algun magistrado celoso y empeñado en moralizar por medio de la religion y de la instruccion las masas de un pueblo que recientemente habia salido de la barbarie, ni eran tampoco el resultado de erogaciones que hubiesen hecho los ciudadanos para procurarse medios de instruccion; no por cierto, todo era fruto del celo, de la abnegacion y de la constancia de los obispos que los fundaron con su propio dinero y les señalaron de su peculio las rentas con que habian de sostenerse perpetuamente. Quien estudie esos grandes monumentos de la piedad ilustrada, noble y generosa de tantos prelados venerables cuyos nombres deberian conservar los mejicanos grabados con letras indelebles; quien medite detenidamente el objeto de sus fundadores, los sacrificios que hicieron para realizarlos y la dilatada crónica de los beneficios que trajeron á la sociedad, mirará con dolor é in-

dignacion defraudados tantos trabajos, tantas fatigas y tanto celo, y privada la sociedad de tantos bienes como aquellos varones insignes le habian preparado. Visitando hoy esos edificios grandiosos, arrancados por el poder civil á su legitimo dueño, degenerados y casi arruinados; encontrando desiertos esos corredores frecuentados un siglo ántes por infinitos estudiantes, y silenciosas las bóvedas donde resonaba el eco de tantos sabios que daban públicas lecciones, un grito de dolor sale de lo mas íntimo del alma, grito que quisiera ser oido en todo el universo y clama justicia contra los sacrilegos que así despojan á la sociedad de los elementos de bien, que así invaden las propiedades del santuario, que así destruyen cuanto hay de mas grande, hermoso y noble sobre la tierra y así se esfuerzan por anonadar todo lo que está destinado á causar el bien del género humano. ¡Parece que la América estuviese condenada á servir perpetuamente de presa al genio destructor que anima á hombres tan funestos como aquellos! Porque no es solo Puebla la que ha llorado sobre las ruinas de los monumentos mas bellos que la ennoblecian; Morelia, Guadalajara, Linares y Méjico mismo, la gran capital de las posesiones de España en el Nuevo Mundo, han tenido que lamentar ruinas que nadie podrá reparar en muchos siglos.

Tlascalá, aquella república heróica que jamas dobló su altiva cerviz al yugo de los emperadores mejicanos; que sola detuvo la marcha triunfante del bravo Cortés, y que no rindió sus armas al conquistador sino cuando vió á sus mas intrépidos guerreros tendidos en el campo de

batalla, está ya reducida á un pueblo pequeño que ningún monumento conserva que recuerde sus antiguas glorias, porque ese pueblo heróico que moria por la patria pereció, y la raza que lo representa no posee ni su abnegacion ni sus virtudes. En vez del heroísmo que inspira sacrificios por la república, no se encuentra en los ciudadanos sino un fondo de egoísmo que conduce á su ruina la bella patria de los famosos tlascaltecas. Aquellos cuyos padres defendieron sus hogares con las armas en la mano y murieron peleando contra hombres cuyo valor encomiará la historia eternamente y contra soldados acostumbrados á triunfar de ejércitos europeos, hoy, como si fueran hijos degenerados, han abandonado la suerte de la patria á un puñado de aventureros, han rendido sus armas delante de conquistadores sin nombre y se han confesado vencidos por soldados bisoños y audaces, pero no valientes.

Para quien observe con cuidado los vestigios de los monumentos que se conservan en Méjico pertenecientes á la época del paganismo, el género de civilizacion que poseyeron los antiguos mejicanos no puede ser un misterio. Nada nos queda, es cierto, de sus templos ni de sus palacios que no sobrevivieron á la nacion que los construyó; los templos no podian subsistir desde que estaban manchados con la sangre de víctimas humanas y cobijaban las abominables supersticiones con que el paganismo honra á divinidades que participan de nuestras pasiones, y para quienes los vicios mas degradantes son dignos homenajes; ni sus palacios podian conservarse despues que los soberanos que los habitaban care-

cian de principios de rectitud moral y convertian con frecuencia su poder en instrumento de persecuciones injustas y de venganzas personales. Aquellos templos sombríos, representantes de un culto mas tenebroso todavía, debian caer al brillar sobre sus pórticos y chapiteles la luz de la verdadera fe, y los palacios que servian de morada á mandatarios que no arreglaban su poder á la justicia, ni tenian otra norma de conducta que la pasion y el capricho, naturalmente habian de arruinarse apareciendo una religion que enseña la justicia como fundamento de los tronos y la ley eterna como regla soberana que el Rey de los reyes sancionó para que ajustaran á ella sus acciones los que mandan en la tierra.

Mas aun subsiste algo de lo que hicieron los pueblos que formaban el grande imperio mejicano. Como prueba de sus conocimientos en arquitectura hidráulica, nos quedan las soberbias calzadas que contienen las aguas de la gran laguna de Méjico, y como muestras de su ciencia en arquitectura civil, varias ruinas importantes esparcidas en diversos lugares de la república, y sobre todas las del Palenque, envueltas en el manto de las conjeturas que hasta hoy nadie ha podido rasgar enteramente. Como testimonio, en fin, de sus nociones en escultura, pintura y matemáticas, poseemos mil objetos que ni sorprenden por su belleza, ni admiran por su inspiracion, pero que representan al ménos en su infancia la civilizacion de aquel grande imperio en la época que apareció en su territorio el conquistador formidable que lo derribó.

Muy distantes estamos de participar de ese loco entusiasmo que manifiestan algunos por cuanto ninguna relacion tiene con la civilizacion cristiana. Los objetos mas vulgares por su naturaleza, los mas repugnantes por sus formas, son para aquellos preferibles á cuantos otros infinitamente mas perfectos en su ejecucion y en su espíritu nos presenta la civilizacion moderna. En las costumbres mas groseras de pueblos bárbaros, en las extravagancias ridiculas de creencias hijas del error y en la supersticion mas repugnante encuentran grandeza, elevacion de espíritu y «al hombre natural revestido de toda su dignidad.» Nada de esto encontramos nosotros, ni nada de esto encuentra cualquiera que con la luz de la razon perfecta conoce la dignidad humana. Nosotros no llamamos grande á nada de cuanto representa al hombre envuelto en tinieblas que lo degradan, á nada que nos lo haga ver prosternado delante de los vicios personificados en idolos viles, ni á nada, en fin, que demuestre que vive sometido á la influencia funesta de pasiones desenfrenadas que lo mueven á su antojo como el vil juguete puesto en manos de un niño. Nada de esto es grande, lo repetimos, sino al contrario; el hombre en todas esas circunstancias no es mas que el ser degradado que soporta una infinita miseria, de la que no puede redimirle sino la fe que eleva el pensamiento, la existencia y la razon. El hombre que como fin de sus empresas se propone objetos nobles y miras elevadas, el que al acometer una obra no se busca á sí mismo, ni lisonjea sus intereses ni sus locas pasiones, ese será capaz de concebir y ejecutar obras grandes, y ese no es ni puede jamas

ser otro que el hombre cristiano é inspirado por el espíritu cristiano. No nos equivocamos cuando así nos expresamos, porque el cristianismo es quien arranca al ser racional del vil fango que pisa sobre la tierra y le eleva sobre todo lo visible.

Por eso existe tan inmensa diferencia entre los monumentos que nos dejó la civilización pagana y los que ha erigido la civilización cristiana. Aquellos revelan al hombre terreno, al hombre degradado que consagra templos á sus pasiones simbolizadas en los dioses de la mitología y erige muchas veces monumentos para perpetuar recuerdos que debieran olvidarse. El cristianismo, al contrario, derramando su luz clara y penetrante como la del sol del mediodía, descubre la deformidad horrible de aquel proceder, condena los excesos de aquellas pasiones y dedica sus templos solo á Dios, origen eterno de todo bien y principio de toda virtud y santidad. No eleva monumentos sino á los héroes, y, según sus principios sacrosantos, solo es heroico lo que revela el sacrificio de sí propio por Dios y por sus semejantes. Todos sus monumentos llevan por eso impreso un carácter de nobleza sublime, y esta brilla en el individuo á quien se dedican y en los hechos cuya memoria están destinados á perpetuar. Representan los unos al hombre y como el hombre perecerán reducidos á polvo por el tiempo y sus revoluciones; simbolizan los otros al espíritu, y el espíritu jamás perece, porque su dote es la inmortalidad que le asemeja á Dios que le dió el ser.

Estas reflexiones me ocupaban mientras atravesaba los campos desiertos que rodean la capital de Méjico. Las

hermosas lagunas, sin movimiento de vapores, sin embarcaciones de ningún género, tristes y silenciosas como sus ondas, inspiran profundos pensamientos que parten del pasado y van á perderse en el porvenir del grande imperio de Guatimocin y Motezuma.

